

LA BANDERA RADICAL

REVISTA DE INTERESES GENERALES

CARLOS MARIA RAMIREZ

DIRECTOR

SUMARIO DEL N.º 37

LA COMPOSICION POÉTICA DEL DR. D. JOSE MARIA CASTELLANOS — CONSIDERACIONES SOBRE LA ASOCIACION RURAL DEL URUGUAY — SECCION POÉTICA: *El ramo de violetas*; por Guillermo Blest Gana — LOS PALMARES: Novela original de Carlos Maria Ramirez: (*Continuación*) — LA SEMANA POLITICA: El fusilamiento de Albarenque — Orientales que azolan Orientales — Heroísmo de las mujeres de San José — Enseñanzas de la guerra civil — Mision de la mujer en nuestras luchas — Tropelias y escándalos de campaña — Farsa de los documentos oficiales — Impotencia absoluta del Gobierno — Ojeada sobre los ejércitos y sus gefes — Negociaciones de paz — Evoluciones de partido que se descubren en la tentativa actual — Base preliminar de todo trabajo serio de pacificación — GOTAS DE TINTA.

La composicion poética del Dr. D. José Maria Castellanos

Uno de los diarios de la mañana ha publicado integra la composicion poética con que el Dr. D. José Maria Castellanos favoreció la *Conferencia Literaria* del 29 de Setiembre.

Nos felicitamos de que el Dr. Castellanos se haya decidido á esa publicacion, porque asi será posible rectificar los juicios apasionados que la susceptibilidad de partido improvisó ante la simple y rápida lectura de un trabajo que reviste casi las vastas proporciones de un poema.

Sentimos no poder reproducir en nuestras páginas toda la composicion del Dr. Castellanos, pero no renunciaremos al placer de referirla y extractarla, algo *in extenso*, para que el lector se forme una idea exacta acerca de ella.

El poeta trata de dar palpitante realidad á su ficcion del *sueño de guerrero*, y empieza con la siguiente descripcion en que campea una naturalidad inimitable, cuadro pintoresco y apacible cuyo colorido no podria en el fondo mejorar el mas hábil de los pinceles poéticos :

No ha mucho tiempo aun que recorriendo,
 El rico suelo de la patria amada,
 Rendido de fatiga busqué albergue,
 Y vi á lo lejos pintoresca estancia;
 Al pie de un cerro de verdura lleno,
 Se alzaba una poética cabaña.
 Y en su pajizo techo reflejaban
 Del sol dorado los postreros rayos.
 Corrian á su pié de un arroyuelo,
 Las cristalinas y tranquilas aguas,
 Y allí en dulce armonia iban bebiendo,
 El dichoso pastor y su majada;
 La paloma torcaz desde los sauces,
 Que bordaban la orilla, tierno canto
 Preludiaba á su amada, y en su arrullo,
 ¡ Cuántas notas de amor se adivinaban !
 En confusa armonia, de los niños,
 La voz sonora, argentina y suave,
 El relincho del potro que buscaba
 Su compañera errante y estraviada
 Agitando á los aires altanero
 Las negras crines que ostentaba airado ;
 El sentido balar de las ovejas,
 La tristesima candecha que el paisano
 Cantaba al par del natural concierto
 Recordando las glorias de la patria ;
 Todo daba al paisaje una armonia,
 Un colorido tal, tan tierno encanto,
 Que quise ser partícipe de aquella,
 Dulce felicidad por un instante.
 Llamé á la puerta, é invocando el nombre
 Del que murió en la cruz para salvarnos
 Como es costumbre aun, santa costumbre
 Eu la sencilla gente de los campos,
 Vi aparecer en ella noble anciano
 Que afectuoso me dijo « á Dios sean dadas »
 Y con francas maneras invitóme
 A descansar en su modesta estancia.
 Entré y llamóme la atencion al punto
 Su sencilla cultura y su lenguaje,
 Poco comun entre las pobres gentes
 Que viven olvidadas en los campos;
 Por sus maneras comprendí que no era

Con un hombre vulgar con quien trataba
 Y prometime conocer la historia
 De su vida con todos sus detalles.
 Despues de frugal cena que mi huesped
 Hizo con su bondad mas agradable
 Para acortar las horas que en el campo
 No sé porqué parecen ser tan largas,
 Al lado de un gran fuego donde ardia
 El viejo tronco de robusto sauce
 Como antiguos amigos nos pusimos
 A departir con fraternal confianza.
 Despues de hablar de todo y ya agotados
 Los temas generales en el campo,
 No sé porqué incidente vino al caso
 Hablar de nuestras guerras y la patria;
 Vi á este nombre su frente oscurecerse,
 Quedarse pensativo y meditando
 Y que dos gruesas lágrimas corrian
 Por aquellas mejillas arrugadas.
 La ocasion que propicia se mostraba
 Aproveché yo entonces, preguntándole
 Porqué el llanto corria en sus mejillas
 Y qué era lo que hacia derramarlo
 ¡ Porqué? me dijo, porque veo triste
 La cadena sin fin de su desgracias
 Porque veo mi sueño se realiza
 ¡ Oh ! mi terrible sueño de soldado.

El anciano, viejo soldado de la independencia, refiere entonces, como en un dia fatal se vió arrastrado á tomar parte en las contiendas civiles, abandonando el trabajo y el hogar para entregarse á todos los desafueros de una guerra cruel, tenaz, sin tregua, en que los encuentros parciales enrojecian dia por dia nuestras fértiles campiñas, hasta que

Llegó por fin el anhelado día
 De librar la batalla,

y al revolver esa idea en su memoria, el anciano esclama con acentos conmovedores :

¡ Oh ! cuan horrible
 Es á pesar del tiempo trascurrido
 Para mí su recuerdo ; me parece
 Que aun conservo teñidas en la sangre

Del hermano en la patria y el amigo,
 La fraticida mano, y que al tocar
 La negra cabellera de mis hijos,
 Dejo estampada en ellas una mancha
 Roja como la sangre que he vertido.
 ¡ Oh que día de horror! el cielo mismo
 Parecía llorar nuestro estravio;
 Avergonzado el sol que en otro tiempo
 De nuestras patrias glorias fué testigo,
 Se ocultaba tras negros nubarrones,
 Sin querer presenciar tanta desdicha.

Viene en seguida la horrible descripción de la batalla; aquel momento indefinible de nerviosa quietud y conmovedor silencio que precede al ímpetu feroz de la pelea; y después aquel agitado mar de combatientes, aquella deshecha tempestad de odios y furoros y venganzas, y aquel diluvio de sangre vertida sin piedad hasta en los ancianos y los niños... todo pintado con verdad, con energía y ese colorido local tan raro en la paleta de los poetas vulgares.

« La matanza siguió hasta que el cielo
 Aterrado de tal canibalismo,
 Mandó la noche con su negro manto
 A cobijar al infeliz vencido. . . . »

Y entonces el anciano agrega con acento de criminal melancolía:

Al campo de batalla regresamos
 Y al benéfico sueño le pedimos
 Reparador descanso; mas mi sueño
 Del réprobo fué el sueño; oidme, oidme.

Aquí empieza el fondo de la composición poética, cuya idea primordial es poner en boca de uno de los desencantados combatientes, la lúgubre y desesperada profecía de los males que aguardan á la patria, si perpetuamos la guerrera y luctuosa tradición que nos deshonra.

Sueña el anciano que una mano despiadada le arrancó la vida en la pelea, y que su alma subió á otra región excelsa, desde donde contemplaba todos los acontecimientos de la tierra.

Dirige la mirada á la familia y la vé abandonada, en la miseria; dirige los ojos á la patria, y esclama entonces, espresando con fidelidad las causas del mal que nos devora:

Oh! la patria desgraciada
 También cual mi familia sucumbía,
 El cáncer de la guerra devoraba
 Sus robustas entrañas día á día;
 Sus extraviados hijos olvidaban
 El abismo terrible á que corrian,
 Y daban ancho paso ciegamente
 De sus negras pasiones al torrente.

Una guerra tras otra desolaba
 Su manantial fecundo de riqueza,
 Y el labrador su choza abandonaba
 Sobre el pecho inclinada la cabeza;
 El pobre jornalero no encontraba
 Donde ganar el pan de su pobreza,
 Y el corazón de sentimiento herido
 Dejaba aquesta playa entristecido.

Por momentáneo triunfo alucinado.
 El vencedor bajo su carro uncía
 El partido vencido, que agobiado
 Por el yugo fatal cual león rugía;
 Y á perder sus derechos condenado,
 De rabia y de dolor se estremecía,
 Y agitaba en su mente la venganza
 Acerada y terrible cual su lanza.

De la revuelta la infernal bandera,
 Alzabase otra vez, y ardor salvaje,
 Guiaba al partidario que volviera
 A romper el innoble vasallaje;
 Su familia y fortuna pospusiera
 Por salir de su oscuro tutelaje,
 Y de enconos y de odios la alma llena
 Volvía con sus armas á la arena.

Trabábase la lucha nuevamente;
 Con mas ardor que nunca, con mas brio,
 Volvian los antiguos combatientes,
 Y hacían correr de sangre un ancho río,
 Sin mas idea en su extraviada mente,
 Que alcanzar el perdido poderío;
 Nada les detenía en su carrera
 ¡ Qué importaba la patria pereciera!

Cada nueva batalla que se daba
Era un nuevo motivo de alegría :
Vencedor y vencido festejaba,
Las glorias inmortales de aquel día :
La desgraciada patria agonizaba
Y del mapa tal vez desaparecía,
Mas ¡qué importaban tan horribles males !
; Qué importaba muriesen Orientales !

Como insaciables fieras inhumanas
Insensatos festejos disponían,
Y se echaban á vuelo las campanas,
Que atronaban los aires noche y día.
El ayer se olvidaba y el mañana
Y la orgía política seguía,
Ahogando con su voz la voz llorosa
Del huérfano infeliz y de la esposa.

Como todo es inestable en esta vida
El partido vencido al fin triunfaba :
Las riendas del Gobierno apetecidas
En sus manos la suerte colocaba ;
Y en vez de establecer las ya perdidas :
Libertades del pueblo, se olvidaba
Que fuera esclavo ayer, y le imponía
Nueva é ignominiosa tiranía.

Esta la historia fué de muchos años,
Que jamás alecciona á los partidos
Los tristes y fatales desengaños ;
Solo sienten el mal si están caídos ;
Consideran al pueblo cual rebaño
Si subir al poder han conseguido,
Y allí le estrujan y le oprimen tanto
Que el pueblo dice « basta, me levanto. »

Después de estas enérgicas estrofas, el anciano pinta con sombríos y recargados colores la corrupción moral que trae consigo la alternativa dominación de las facciones, y enumera los trastornos materiales de la lucha en términos que no siempre alcanzan el noble tono de la poesía, pero que en cambio encierran una profunda esencia de sinceridad é indignación, como puede juzgarse por las siguientes octavas que tomamos del final de esa misma parte :

Las rentas del Estado eran la presa
De vilés usureros, sin conciencia,
Que esquilaban la pública riqueza
Y dejaban al país en la indigencia ;
Miserables judíos con fiereza
Y afectando profunda indiferencia,
Daban uno al país y le cobraban
Miles por aquel uno que prestaban.

Y un empréstito á otro se seguía
Siempre en la misma condición ruinosa,
Y todo se gastaba y consumía,
En la orgía insensata y oprobiosa ;
Llegó el momento que llegar debía
En una situación tan vergonzosa,
En que empeñado todo, no quedaba
Sino empeñar al pueblo, y se empeñaba.

El más odioso impuesto se votaba
Y al desgraciado pueblo se exigía,
Que el maldito tonel no se llenaba,
Su insaciable avidez fin no tenía ;
Y si aquel nuevo impuesto no bastaba,
Sin compasión tras él otro venía,
; Qué era preciso sostener la guerra
Aunque el pueblo muriera de miseria !

Y el hijo del valiente veterano
Que derramó su sangre en cien batallas
Y con gigante esfuerzo sobrehumano
Se hizo libre entre el humo y la metralla,
Tendiendo cual mendigo iba su mano
Que desprecia la misera caudilla
; Que el gobierno para él nada tenía
Y en las calles de hambre se moría !

Al inmoral banquete solo entraba
Del gobierno inmoral el protegido,
Aquel que con la patria traficaba
Sin sentir por la patria ni un latido ;
E insolente fortuna improvisaba,
En medio de aquel fango corrompido,
Paseándola orgulloso y despiadado
De la orfandad y la miseria al lado.

Cerradas las escuelas donde aprende
 El niño á convertirse en ciudadano,
 Donde eria las alas con que hiende
 El ancho campo del saber humano ;
 Do remonta su espíritu y asciende
 De la ignorancia hasta el celeste arcano,
 Y abiertas solo las del negro vicio
 Que le llevan derecho al precipicio.

Así se cierra el cuadro de los males que destrozan el interior del país,
 y el anciano vuelve entonces la vista á otro punto negro que se divisa en
 el horizonte sombrío del paisaje :

Y habia una nacion que de otro tiempo
 Cual pesadilla horrible recordaba
 Su perdido dominio, y el momento
 De recobrarlo ansiosa preparaba ;
 Y afectando profundo sentimiento
 Nuestras luchas salvaje fomentaba,
 Prestando siempre apoyo á los caidos
 Sin mirar el color de sus partidos.

Cuyas fronteras de arsenal servian
 Para fundir el plomo y los cañones
 Que el ciego partidario recibia
 Y armaba mercenarios escuadrones,
 Que el enemigo plomo dirijian
 Contra el patrio estandarte hecho girones,
 ¡ Estandarte glorioso y venerado
 Siempre por la victoria perfumado !

Esa pérvida nacion, aprovechando nuestras divisiones y desgracias, se
 lanza al fin á nuestro suelo, y como el poeta no ha perdido su fé en los
 heroicos sentimientos de este pueblo, pone en boca del anciano la des-
 cripcion de los supremos é impotentes esfuerzos hechos para resistir á la
 invasion del extranjero :

Entonces, pero tarde lamentaron
 Sus estériles luchas de partido,
 ¡ Tantos nobles esfuerzos que gastaron,
 ¡ Tanto elemento por jamas perdido !
 De las pasadas glorias ¡ ay ! buscaron
 Los fieles compañeros aguerridos,
 Mas ¡ ay ! que ya no estaba el compañero
 Que venciera otro tiempo al extranjero.

Y entonces, pero tarde, la union santa
 Reune á los hermanos divididos
 Y el pueblo como un hombre se levanta:
 Cesan cual por encanto los partidos ;
 Para vengar afrenta, injuria tanta,
 El sentimiento nacional dormido,
 Evoca los recuerdos del pasado
 Y al menguado invasor le reta airado.

Y el recuerdo sagrado de las glorias
 Que sus valientes padres conquistaron,
 Su corazon inflama ; y su memoria
 Como sagrado simbolo adoraron ;
 Fueron á sus sepuleros, y la historia
 De sus gloriosos hechos demandaron
 A los que en otro tiempo vencedores,
 Libraron á la pátria de opresores.

Así, llenos de sublime ardor, de gloriosas aspiraciones, de patriótica
 osadia, los bravos orientales se aprestan á resistir al extranjero, y
 disputan en cien batallas el sagrado territorio de la patria, hasta que al
 fin vencidos por el número, ya no pueden afrontar al invasor en la cam-
 pal batalla y empieza entonces la guerra de la desesperacion, la guerra
 de la defensa individual en cada roca y en cada árbol del nativo suelo....

Oigamos la narracion del anciano, que á pesar de algunas incorrec-
 ciones métricas, contiene sublimes acentos de ternura y de heroismo.

Entre los ayes que la pátria exhala
 Solo se oye una voz : la de venganza ;
 La desgracia comun todos iguala
 Todos dejan su hogar, toman la lanza ;
 El débil edificio se apunta
 Con solo el amor patrio y la esperanza.
 Y á él entrarán, pero entrarán cayendo
 En medio á sus escombros aun ardiendo.

De los cerros, los montes y los llanos
 Salen cual por encanto los guerreros
 Con esfuerzo sublime, sobrehumano,
 El paso á detener del extranjero ;
 Lleva en brazos sus hijos, y en la mano
 El arma y el cartucho, y al sendero
 Se dirige entusiasta y decidido
 Por el santo óleo del deber ungido.

Al alejarse del hogar querido
Partida el alma de dolor, el llanto
Asoma á su megilla; el dulce nido
Qua tejiera al calor de un amor santo,
Por la récia tormenta sacudido
No volverá ya a ver; el dulce canto
De solícita y tierna compañera
No escuchará al volver de la pradera.

Su lecho, de castisimos amores
Testigo en otro tiempo, profanado
Vá á ser por los innobles invasores
Y á saciar sus pasiones destinado;
Vá á presenciar impúdicos amores,
La sacrilega orgia del soldado,
Y ocupará el esclavo, de sus hijos
La libre cuna que tejió prolijo.

Su mente se revela ante la idea
De tal profanacion; el consentirlo
Fuera crimen odioso; que antes sea
Presa de radiante llama; y al decirlo
Toma en sus manos la humeante tea
Y la acerca al hogar, sin abatirlo,
Ver que ya no tendrá en adelante
Donde amparar á la familia errante.

Cual por máquina eléctrica tocados
Todos hacen lo mismo: inmensa hoguera
El horizonte cubre; los ganados
Huyen despavoridos; de la fiera
Que se oculta en los bosques ignorados
Se oye el feroz rugido; la agorera
Lechuza con su canto de agonía
Sola sobre las ruinas se cernía.

Ya no tienen hogar; en la ara santa
De la pátria ofrecieron los patricios
Para salvar de libertad la planta
Este heróico sublime sacrificio;
Su hogar está en el bosque, en la garganta
De la pátria montaña; allí propicio
El cielo con su bóveda estrellada
Cubrirá la familia desgraciada.

Y ocupa de los bosques la espesura,
De los gigantes cerros la alta cresta,
En medio de su negra desventura
Lleva alto el corazón, la frente enhiesta;
Y con sus hijos en la noche oscura
Que le ayudan solícitos, apresta,
Las armas que al nacer el nuevo día,
Va á esgrimir contra innoble tiranía

Doquiera el invasor pone la planta,
Encuentra el enemigo que le espera,
Que cual sombra del suelo se levanta
Y lucha hasta morir con ansia fiera:
Del monte, de la roca, de la planta
Como fantasmas salen, y doquiera
Marca de muchas la postrera.

Avanza la conquista, mas dejando
Cubierto con sus muertos el camino
Y millares de cruces van marcando
Los triunfos del humilde campesino;
Los ríos, los arroyos van cambiando
el cauce de sus aguas cristalino
Con la sangre que baja cual torrente
Y llega á sus orillas aun caliente.

Esa es la resistencia sublime en la campaña: el invasor acomete después á las ciudades con todo el poderío de sus formidables ejércitos.

Pérfido y desleal combate! solo el hambre y el incendio pueden vencer al heroísmo de la santa resistencia nacional.

Triunfa la conquista; ved las lágrimas de sangre que el poeta hace llorar al anciano, al viejo guerrero de la independencia oriental.

Cuanto la idea imaginar podría
De sublime y de grande, la constancia
Del Uruguayo pueblo en agonía
Valiente realizó, nueva Numancia;
La villa, el pueblo, la ciudad ardía
Primero que rendirse; y su arrogancia
A la par del incendio se aumentaba
; Grande como el incendio se mostraba!

Mas ¡ay! todo fué inútil; una á una
Cayeron las Saguntos Orientales

Y al caer, al caer, ¡negra fortuna!
 ; Cuántos males le aguardan, cuántos males!
 De aquel pueblo viril la libre cuna,
 De aquel pueblo de glorias inmortales,
 Quedarán solo ardientes las cenizas
 Que con sordo rumor llevan las brisas.

Sus hijos ¡ay! sus hijos desgraciados
 Todos murieron en la lid cruenta;
 Perdió la libertad ya sus soldados,
 Les llevó el vendabal y la tormenta;
 Quedaron solo algunos condenados
 A presenciar la ignominiosa afrenta
 De lo alto de los cerros do moraban
 Y la perdida libertad lloraban.

Ya no flameaba el pabellon querido
 En lo alto de sus torres orgulloso.
 El águila rapaz llegó á su nido
 Y con sus garras le rasgó gozoso;
 Perdido para siempre, sí perdido
 De Ituzaingo el esfuerzo generoso,
 Donde la patria alzó libre bandera
 Se abrió ; destino cruel ! una extranjera

Signos de la conquista aborrecida
 Doquiera se tendiese la mirada,
 El alma contemplaba entristecida
 Por su intenso dolor despedazada;
 Y cual deja su huella la avenida
 Que corre por los campos desbordada,
 Así el conquistador vino dejando
 Su infame huella por dó fué pasando.

Leyes, costumbres, religion, ideas,
 A costa de su sangre conquistadas,
 Inapreciables y únicas preseas
 Que quedó á las familias desgraciadas,
 Con bárbaro placer las pisotea
 Y á la hoguera despues fueron lanzadas,
 No quedando del pueblo en la memoria
 Sino su triste y desgraciada historia

Va el habla melodiosa de Cervantes
 No fué dado escuchar á sus oídos;

Solo era la extranjera que infamante
 Se impuso á los míseros vencidos;
 Ya no pudo la madre al tierno infante
 Arrullar con sus mágicos sonidos,
 Que hablar en el idioma de sus padres
 Era un delito hasta en las mismas madres.

Se consumó la desgracia de la patria, por el sangriento divorcio de sus hijos; el sueño del guerrero ya no puede ir mas allá en el funebre presentimiento de los males que la guerra civil depara; el poeta lo comprende así, y entonces hace decir al anciano que presenciando aquella afrenta quiere lanzarse otra vez á la profanada tierra y en ese esfuerzo sublime se despierta:

Todo fué un sueño sí, sueño terrible,
 Mas para mí benéfico; mi mente
 Entonces comprendió todo lo horrible
 De la guerra civil; nuevo creyente
 Me dirigí á un arroyo que apacible
 Corria no lejano; en su corriente
 Lavé mis armas y lavé mi mauo
 Teñida aun en sangre del hermano.

Regenerado con aquel bautismo
 Volví al hogar y en el *trabajo santo*
Practiqué el verdadero patriotismo,
 Y él hace hoy de mi vida el dulce encanto;
 Y al mirar mis hermanos que al abismo
 Corren sin presumirlo, asoma el llanto
 Sin querer á mis ojos, pues comprendo
 Que á realizarse va mi sueño horriendo

Así termina esta larga composicion, donde la crítica severa podrá encontrar sin duda muchas incorrecciones de estilo y muchos defectos de versificación, pero donde también se encuentran grandes bellezas poéticas, arranques de verdadera inspiración, y sobre todo una profunda y patriótica enseñanza.

Se ha censurado la estension del *sueño del guerrero*, tomando como criterio absoluto la superficialidad de un público que no se siente halagado, sino con la variedad de los gritos ó de los consonantes, pero el buen sentido y la razón nos dicen, que escuchar veinte minutos á un

poeta, no es hacerle ningun favor extraordinario, sino seguir sus inspiraciones en el tiempo indispensable, para desarrollar la primordial idea que las mueve.

El Dr. Castellanos no es poeta de profesion ; vive de su trabajo en un estudio importante de Montevideo ; no tiene tiempo, y acaso ni vanidad bastante para limar esas ligeras obras de la fantasia, en que no vé sin duda sino una expansion natural del corazon y un óbolo llevado á la causa de la cultura intelectual, que reclamaba el concurso de los buenos en la Conferencia Literaria del 29 de Setiembre.

Por otra parte, el Dr. Castellanos, que tambien ha sido periodista y periodista de la buena escuela, hace largo tiempo que habia sellado sus labios, y es la cosa mas natural del mundo que al desplegarlos en una ocasion solemne, no fuese para decir frivolidades artisticas, sino para expresar nobles sentimientos patrióticos.

No todos han de vivir del periodismo ; felicitémosnos de que las buenas ideas tengan siempre un eco allí donde la inteligencia produce sus manifestaciones elocuentes.

Se ha visto impropiedad, impertinencia, en las alusiones del Dr. Castellanos ; puede que haya una y otra cosa ; pero el valor civico que se necesita para afrontar la responsabilidad de ciertas ideas y de ciertos hechos, ponen al Dr. Castellanos muy á cubierto de esas acusaciones ligeras.

El *Sueño del guerrero* es un buen ensayo de poeta y una buena accion de ciudadano.

Consideraciones sobre la Asociacion Rural del Uruguay

El martes de la semana que termina, tuvo lugar la instalacion definitiva de la *Asociacion Rural del Uruguay*, saludada en ese acto con entusiasmo y elocuentes palabras de algunas de las personas presentes.

La reunion no era numerosa ; nunca lo son entre nosotros las reuniones de ese género ; este público hecho al estruendo de la guerra y al paladar de las bastardas agitaciones politicas, no se encuentra bien allí

donde no alzan su grito las pasiones ó descargan sus golpes las rudas invectivas personales.

Puede sin embargo asegurarse que acompañaban con sus ardientes simpatias la instalacion de la *Asociacion Rural*, todos los que se interesan en el progreso de la República, y lo ven primordialmente en la colonizacion y cultura de esa fértil y dilatada campaña, hoy casi desierta, hoy casi completamente abandonada.

Prescindiendo de los grandes fines especiales que la *Asociacion Rural* tiene en vista, siempre una asociacion de ese género encierra un beneficio práctico y de trascendencia, una esperanza de mejores y mas tranquilos dias.

Por ese medio, los hombres fatalmente divididos en las contiendas civiles, se mezclan y se confunden, cambian ideas y se encuentran al fin de acuerdo ; se ven ligados por reciprocas simpatias y llega acaso á desaparecer el funesto divorcio en que vivian.

¿ Quién no ha pensado alguna vez que no seria difícil terminar nuestras guerras y nuestros antagonismos tradicionales, si los hombres de uno y otro partido se acercaran, se pusieran al habla y se estrecharan la mano tratando de buscar con buena fé, con calma, con espíritu de conciliacion los medios de arribar á ese resultado tan necesario y benéfico ?

Desgraciadamente, es un poco ruda la transicion del campo de batalla al campo de concordia.

Sobre cuestiones politicas, no pueden discutir amistosamente los que el dia anterior se despedazaban con la lanza.

Si entran á ese terreno, frecuentemente lo hacen con mas hipocresia con mas dolo, pero siempre con la misma zaña y con los mismos móviles.

Estos males, que traen consigo la alternativa dominacion de las facciones ardientes, solo pueden evitarse por dos medios : un gran impulso de patriótico y rejenerador entusiasmo que levante las ideas y los sentimientos á una rejion muy superior y muy diversa de aquella en que se esterilizaban, ó toda una série de trabajos lentos y continuados para arrancar á los hombres de su ensimismamiento de partido y hacerlos fraternizar en un terreno extraño á la politica.

En este sentido la *Asociacion Rural del Uruguay*, es uno de los mas poderosos agentes de la regeneracion de la República, y debemos saludarla con júbilo todos los que no encontramos posibilidad de salvacion

sino en la unificación de los esfuerzos que todavía pueden cooperar al triunfo de la verdad y el bien de la justicia y de la civilización.

En su modesta esfera, el *Club Universitario* y la *Sociedad de Amigos de la Educación Popular* concurren al mismo objeto, y son las instituciones iniciadoras de esa obra; pero la *Asociación Rural del Uruguay* les lleva una ventaja esencialísima

El *Club Universitario* y la *Sociedad de Amigos* tienen por fundamentos ideas y consideraciones muy nobles, sin duda alguna; pero no hay en ellas el interés legítimo y directo que atrayendo á los hombres por conveniencia propia, es el más fuerte y poderoso estímulo de las asociaciones humanas.

En la *Asociación Rural del Uruguay*, el patriotismo va estrechamente ligado al interés bien entendido, de manera que allí donde se encuentre sorda la primer fibra, es probable que resuene la segunda, y por su propia virtud la *Asociación Rural* será bien pronto el centro de todos los propietarios ó hacendados que tengan dos dedos de frente, no ya para apreciar los bienes que el país reportará con la creación de esta nueva fuerza civilizadora, sino para comprender simplemente las ventajas que su propio campo, sus propios ganados y sus propios plantíos pueden en más ó menos tiempo recibir de una Sociedad que vele en todo sentido por la conservación y desarrollo de todos esos intereses productores.

No es posible suponer que las pasiones políticas sean un obstáculo para la realización de este propósito.

Todo el que debe su propiedad y su hacienda al esfuerzo honrado del trabajo, se verá ligado á la benefactora asociación que se propone cooperar al respeto, á la seguridad de la propiedad y el trabajo en la campaña.

Todo el que no sea en las ocupaciones rurales un aventurero que hace su negocio en estos ríos revueltos para ganancia de los pescadores políticos, se verá ligado á la benefactora Sociedad, que aspira á desarrollar la agricultura del país con la difusión de todos los adelantos que necesitamos agregar á la fuente fecunda y pródiga de nuestro privilegiado suelo.

El absurdo de las viejas disensiones políticas está destinado á desaparecer ante la palpitante realidad de los intereses comunes.

Hay más puntos de conexión entre un colorado y un blanco, que se

uniforman sobre los medios conducentes á la protección y al desarrollo de los grandes intereses de campaña. — lo que equivale á decir: los verdaderos intereses del país: — y entre dos colorados ó dos blancos, de los cuales uno cree en la libertad, en la soberanía del pueblo y otro no cree sino en el principio de autoridad y en la fuerza de los batallones de línea; uno condena el caudillaje y otro lo pone por los cuernos de la luna; uno maldice las intervenciones extranjeras y otro las cubre de pomposísimos laureles.... etc, etc.

Con razón, una voz elocuente dijo en la reunión de la *Bolsa*, que la *Asociación Rural*, estaba llamada á formar un gran partido que daría á la República legisladores y magistrados con la inteligencia fiel de su misión, consagrados al bien de la República, sin preocupaciones históricas, sin exclusivismos tradicionales, sin odios que estrechan el alma en un horizonte mezquino de venganzas, y le cierran los grandes horizontes de la civilización, del progreso, de las aspiraciones al ideal, al porvenir.

La *Asociación Rural* está destinada á formar un gran partido, pero esta palabra no debe entenderse en el sentido bastardo que han llegado á darle las facciones y los bandos en que se despedaza la República.

La *Asociación Rural* formará un gran partido, porque siendo la reunión de todos los que poseen y producen en la dilatada extensión de la campaña, será también el centro de opinión más fuerte y respetable en todo el país.

Formará un gran partido, porque estableciendo la uniformidad de miras sobre la organización de la campaña, dejará resuelto el más árduo problema de gobierno, y en pie una fuerza que se ponga eficazmente al servicio de la política llamada á realizar la solución que legítimamente se establece.

Tampoco debe sorprender á nadie que mencionemos esa palabra — política — al hablar de la *Asociación Rural*.

Los estatutos declaran que la política está escluida de los fines sociales, pero en esa exclusión, forzoso será convenir que se ha tomado la palabra en el sentido odioso y repugnante que han llegado á darle nuestras luchas de posiciones oficiales y de explotaciones íntimas.

La *Asociación Rural* está sin duda alguna interesada de tomar parte en la política actual de los partidos, porque esa política de guerra, de

desorganizacion y de ruina, es directamente contraria á todos los altos fines que la asociacion tiene en vista.

Por ella, el pais marcha de revuelta en revuelta, sin alcanzar á establecer un gobierno nacional que satisfaga todas las aspiraciones legítimas y sea el artífice del bienestar comun.

Por ella, el pais se vé, durante la tregua, sometido á la tutela de ignorantes y brutales caciquillos; durante la lucha, á intolerables depredaciones y á vergonzosos atentados.

Por ella, el pais solo consigue un aumento paulatino en su poblacion rural y adelanto mas paulatino todavia en el desarrollo de su industria agricola.

Sobrentendido está que en semejante politica no puede tomar parte la *Asociacion Rural del Uruguay*, pero roconozcamos que de la verdadera politica, no puede prescindir la nueva asociacion, como no puede prescindir ninguna que se proponga cooperar á la felicidad de la Nacion.

El arte de gobernar bien á los pueblos, nunca es extraño á ninguno de los intereses de los pueblos, y menos puede serlo al interes rural, que es entre nosotros el centro de la organizacion económica.

Politica es el arte de garantir á todos los hombres sus derechos y sus propiedades; establecer la justicia en las relaciones sociales; mantener la paz en las familias; alentar la moralidad de las costumbres; estimular las fuerzas productoras del pais; prestar ayuda á todos los diversos elementos del progreso, cuando estos la reclaman y el Estado es competente para dársela.

Luego, ¿cómo no se ocuparia de politica la *Asociacion Rural del Uruguay*?

¿No se ocupará de politica al reclamar las garantías necesarias para la conservacion y el desarrollo de nuestros grandes intereses de campaña?

Solo es posible garantir derechos y propiedades, con instituciones adecuadas á ese objeto, y la cuestion de las instituciones es una cuestion politica.

Solo es posible garantir derechos y propiedades con el fiel cumplimiento de las buenas instituciones, y esta es tambien una cuestion esencialmente politica.

¿La *Asociacion Rural* no se ocupará de reclamar contra los impuestos exorbitantes ó las contribuciones injustas?

Pues si hay una cuestion politica y estrechamente ligada á todas las cuestiones políticas, es la cuestion vital de los impuestos.

¿ Quiénes la resuelven sino los legisladores y los miembros activos del Gobierno?

¿ Cuáles son las causas que frecuentemente la hacen de vida ó muerte para las sociedades, sino el despilfarro y la corrupcion de los gobiernos, el extravio de las facciones enconadas, el saldo necesario de nuestras locas guerras?

La *Asociacion Rural* hará politica, y gran politica patriótica, al querer establecer sobre bases equitativas y moderadas el sistema de impuestos que pesan ya, y amenazan aun pesar sobre la infeliz campaña.

¿ No entra por fin, en los planes de la *Asociacion Rural*, el fomento de la inmigracion honrada y laboriosa que venga á fecundar con el capital y el trabajo los profusos dones que recibimos de la naturaleza?

Y bien! es por demas sabido, que lo elemental é imprescindible en materia de inmigracion, estriba en la proteccion ofrecida de una manera permanente á los derechos é intereses que solo pasan de una nacion á otra en busca de condiciones favorables á su conservacion y desarrollo.

Y sean cuales sean los beneficios que la naturaleza brinde ó que prometan reglamentaciones especiales, no existen esas condiciones favorables á la conservacion y al desarrollo de los derechos é intereses humanos, allí donde no existen ó no se practican las buenas instituciones políticas.

La semilla de la inmigracion no fructifica sino en suelo preparado por el imperio de la justicia, de la moral y del derecho.

Es esa una planta que crece pálida y enferma bajo el cielo tormentoso de los malos Gobiernos y de los malos partidos.

Los inmigrantes huyen del mismo modo, del suelo infestado por las epidemias y del suelo ensangrentado por la guerra.

No les basta mirar el clima de la naturaleza; miran tambien el clima de la politica, y mas fácilmente afrontan el peligro de las enfermedades reinantes en los climas insalubres de las zonas terrestres; que el peligro de las arbitrariedades y violencias inherentes á la mala politica de los pueblos.

Hé ahí, pues, que la *Asociacion Rural*, girando necesariamente en el círculo de los trabajos políticos, siempre que con arreglo á sus Estatutos

no se limite á vulgarizar las nociones científicas, á difundir los adelantos continuos de la ciencia agronómica, y á fomentar todas aquellas mejoras privadas, que son evidentemente de importancia, pero que no bastarian para salvar los grandes intereses de la campaña, ni serian capaces de producirse por si mismas en el estado actual de la República.

Es sin duda delicada la demarcacion del punto en que la *Asociacion Rural* debe participar de la politica, lo bastante para alcanzar sus fines, y lo preciso para no enbanderarse en nuestras luchas tradicionales de partido; pero en la justa demarcacion de ese limite se cifra el cumplimiento de su mision gloriosa, y el acierto en esa materia será el mejor timbre de honor para los iniciadores y directores de la Sociedad.

Si el pais llega á pacificarse en breve tiempo, como lo desean todos, y lo esperan muchos y lo creen algunos, la posicion de la *Asociacion Rural* se define de una manera ventajosa y su marcha estará indicada por la fuerza misma de los acontecimientos.

El gobierno que surja de la transaccion de los partidos, apesar de todos los vicios y defectos de su origen, será el gobierno de la representacion nacional, de la regeneracion nacional tambien.

Uno de los primeros objetos, de los primeros cuidados de ese gobierno, será la reorganizacion de esa campaña que la guerra ha entregado indefensa á las depredaciones vandálicas, de los cabecillas que suben á la superficie en la horrasca de nuestras agitaciones armadas; esa campaña, hasta hoy destituida de los elementos que dan á los pueblos modernos el nombre de civilizados; esa campaña que no tiene ni puentes, ni caminos, ni cárceles, ni escuelas, ni administracion de justicia, ni organizacion municipal etc.

Inmensa es la tarea; inmensos deberán ser los esfuerzos que se hagan para llevarla á cabo; pero la *Asociacion Rural*, respondiendo á los nobles fines de su existencia, podrá constituirse en el mas ilustrado y celoso de los auxiliares con que cuente la obra rejenadora del gobierno.

Así se cumplirán grandes destinos; la *Asociacion Rural del Uruguay*, nacida como una sonrisa de esperanza en las desgracias y miserias de la guerra civil, se convertirá en realidad fecunda para los reparadores trabajos de la paz.

Seccion Poética

El ramo de violetas

I.

Es bella Margarita: á su semblante
Presta una melancólica dulzura
Su blanca palidez, y la ternura
Que sus pupilas de color cambiante
Vierten en sus miradas, ilumina
Al parecer su forma peregrina.

Dos rúbias trenzas acarician blandas
Su espalda de alabastro, y el delgado
Talle á veces circuyen, cual dos bandas
De finisima seda; su tocado
Es modesto y sencillo, y en su frente
Reina la paz de un ánima inocente.

Pesar no tiene, ni el amor la inquieta;
Su vista solo en encontrar se afana,
Del invierno una espléndida mañana,
Aquí y allá modesta una violeta,
Cuya figura entusiasmada admira,
Y cuyo aroma con deleite aspira.

De pronto ante sus ojos se presenta
Un jóven y la dice: — Margarita,
Lo que este prado de mas bello ostenta
Admitireis de mi? mirad: y ajita
Esto al decir, un ramo de preciosas
Violetas frescas, puras y olorosas.

— ¿Vos mi nombre sabeis? dice, temblando
Ella al tender la mano. — Como ahora
He visto varias veces que buscando

Flores veniais al brillar la aurora,
Pregunté vuestro nombre, y á mi oído
Tan dulce pareció, que no lo olvidó.

Ella los ojos baja ruborosa
Y él dice aproximándose: — « Yo quiero
Hoi ofreceros Margarita hermosa
Este ramo de flores. » — Gracias... pero...
¿ Dudais en admitirlo? — Es qué... — Comprendo.
Con mi franqueza rústica os ofendo.

— No, señor, pero acaso destinadas
Estaban esas flores... — Margarita,
El que ha visto una vez vuestras miradas
Todo lo hace por vos.... Ahora admita
Vuestra mano esas flores. Dice y deja
El ramo entre sus manos y se aleja.

.
.
.
.
.

Cuando el sol en oriente se mostraba
Varias veces despues, el mismo prado
A nuestros héroes juntos encontraba,
Ora asidos del brazo, en animado
Coloquio, ora perderse en la espesura
Del bosque, ó divagar por la llanura.

II

Algun tiempo despues, serena y pura
Brillaba la mañana,
Y del bosque vecino en la espesura
Nuestra jóven pareja se perdía,

Y al par que los suspiros
De la natura, el zefiro traía
Estas palabras en sus raudos jiros.

— ¿ Y me amas Margarita ?

— Si, mi vida,

Mil veces te lo he dicho.

— Mas no ignoras

Que siempre seductoras
En tu boca querida
Son para mi esas voces.

— Desde el día

En que me diste el ramo de violetas
Tu imájen amorosa me seguía,
Y ante mi vista inquietas
Visiones, y esperanzas ignoradas
Pasaban sin cesar en mis veladas.

Me dijiste tu amor, Manuel, y entonces
Comprendí que era amor lo que ajitaba
Mi corazón también...

— ¡ Oh ! yo te amaba

De mucho tiempo atrás, y el labio mio
Al acercarme á ti, trémulo, frio,
No acertaba á decir que respiraba
Solo por ti, mi bien.... ¡ Ah ! Margarita,
¡ No me olvides jamás !

— ¿ Y crees que pueda

Olvidarte aunque quiera ? No me ajita
Ese temor á mi : te amo, mi vida,
Y quién amando como yo se olvida !

Aquí el zéfiro blando
Llevóse las palabras suspirando.

III

El sol en occidente
 Lanzaba sus postreros resplandores
 Sobre la altiva, nebulosa frente
 De los nevados Andes, cuando ansiosa
 Llena de sobresaltos y temores
 Margarita, en el prado silencioso,
 Espera á su Manuel. Pronto delante
 De sí lo tiene, á su pesar mostrando
 Que está algo triste en su interior pasando.
 La sombría espresion de su semblante.

— ¿Estás triste, Manuel? dice aflijida
 La pobre Margarita, ¿di, que tienes?
 ¿Acaso ahora á revelarme vienes
 Alguna gran desgracia?... ¿Tu querida
 No podrá consolarte?

— Margarita,
 Un inmenso dolor mi pecho ajita,
 Si te rogué en mi carta que vinieras
 Es porque ya...

— ¡Qué esperas,
 Dijo Manuel por Dios!
 — ¡Porque ya á verte
 No volveré jamás!

— ¡Cielos! perderte,
 ¿Y perderte por qué?
 — ¡Ay! los reflejos
 Del sol mañana me hallarán muy lejos!

¡El peso del dolor, dobló la frente
 De esa niña inocente!
 Dejadme un punto detenerme.... quiero
 Sobre un recuerdo doloroso y santo
 Derramar la amargura de mi llanto!
 También yo, de mi vida en el sendero

Alzarse vi una flor querida y pura,
 ¡Que ya no veré mas!.... Dejad que henchida
 El alma de dolor y de amargura
 Llore un punto sobre esa despedida!

— ¡Margarita, dice Manuel, bien mio,
 Dime que siempre me amarás, que léjos
 Estando yo de tí, la triste historia
 De nuestro amor, traerán á tu memoria

Los últimos reflejos
 Del sol que miras ocultarse ahora.
 ¡No me olvides, mi bien; en esta hora
 Tan triste te lo pido!... Ella en tanto
 Derrama solo su copioso llanto
 Sobre el pecho del jóven: sus sollozos
 Dicen mas que su voz! Su negro manto
 La noche tiende á la sazón sobre ellos;

Y los rubios cabellos
 De la niña sin orden esparcidos,
 Y sus tristes jemidos,
 La noche y el silencio, todo, todo,
 Su dolor y su encanto de tal modo
 Aumentaban, que triste parecia
 La dolorosa imágen de Maria.

Largo suspiro resonó á lo léjos....
 Sus lábios en las sombras se encontraron
 Temblando uno sobre otro estremecidos;
 ¡Y sus pechos amantes se estrecharon
 En prolongado abrazo!... Enardecidos
 Ayes de amor, suspiros de agonía,
 Por los ecos del bosque repetidos,
 Turbaron solo la quietud sombría.

¡La mañana siguiente, á la campiña
 No vino ya la desgraciada niña!

IV

Como cambian las cosas: lo que bello,
 Joven, feliz y alegre contemplamos
 Del sol poniente al lánguido destello
 Ayer no mas, hoy mustio lo miramos.

¡ Ah, pobre Margarita! la pradera
 Se engalana con árboles y flores
 Al soplo de la dulce primavera;
 Pero ella, del verjel de los amores
 Pobre flor solitaria, abandonada,
 Sufrió tanto en invierno que ¡ ay! no puede
 Reverdecer jamás! ya marchitada
 Quizás cual hoja desprendida rueda.

¡ Ah, pobre Margarita! sus preciosos
 Contornos se han deshecho con su duelo,
 Y a sus ojos brillantes y amorosos
 Puso el dolor de lágrimas un velo.

Morir se siente, y quiere enternecida
 Despedirse de aquel de quien recibe
 La muerte en la mañana de la vida;
 Y estas palabras a su amante escribe:

« Manuel, un tiempo en tus amantes brazos
 « Soñaba eterna la ventura mía;
 « Jamás pensé que tan floridos lazos
 « Una bárbara ausencia destruiría....
 « Hoy roto el corazón, hecho pedazos,
 « Adorándote más en mi agonía,
 « Quiero mi adiós postrero repetirte,
 « Y en mi lecho de muerte bendecirte.

« ¡ Adiós.... por siempre adiós!.... En tu memoria
 « Guarda un recuerdo de tu pobre amiga,
 « De tu amiga infeliz!.... Ya que ilusoria
 « Se desvanece la que el pecho abriga
 « Esperanza de verte, tu la historia
 « De nuestro amor recuerda, que te siga
 « Risueña y dulce hasta la tumba fría,
 « Donde te espera la ternura mía.

« ¡ Ay! si me olvidas... si mi amargo llanto
 « Desprecias, y otro amor llena tu pecho....
 « ¡ Ah!... sé feliz Manuel... en mi quebranto
 « Yo te perdono en mi mortuorio lecho!
 « ¡ Mas no... no, por piedad!... ¡ yo sufro tanto!
 « Mi corazón en lágrimas deshecho
 « Solo muere por ti, por ti palpita,
 « ¡ Adiós, Manuel, adiós!... — Tu Margarita. »

V

Era el día siguiente, un joven viene
 Pálido y ajitado; sus miradas
 El dolor muestran que en el pecho tiene
 Al vagar por la estancia descarriadas.
 Ante un cadáver mudo se detiene,
 Y un ramo de violetas marchitadas
 Contempla entre sus manos.... Un gemido
 Lanza desgarrador ante ese lecho...
 ¡ Y hay desde entonces otro humano pecho
 Por los remordimientos carcomido!

Guillermo Blest Gana.

Los Palmares

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARIA RAMIREZ

TERCERA PARTE

(Continuacion.)

XVIII

Al dia siguiente de las conversaciones que dejamos referidas, bastante de mañana todavia, Luis entraba con aire alegre al aposento de su amigo Eduardo, y hallándole entregado á ese profundo sueño que sucede á las grandes emociones morales como á las grandes emociones físicas, lo despertaba con estas cariñosas palabras.

— Señor D. Eduardo, amigo mio..... ¿ hoy no quiere recibir V. á sus visitas ?

Eduardo se incorporó en su lecho, se restregó los ojos y exclamó friamente.

— ¿ Porqué me has despertado ?

— ¿ Hice mal ? preguntó Luis con fingida timidez.

— Sí ! muy mal.... muy mal, contestó Eduardo con tristeza.

— ¿ Porqué ?

— Porque desde hace muchos dias no me era posible conciliar el tranquilo y agradable sueño á que me acabas de arrancar tan importunamente !

— Mi delito proviene de haberte supuesto con gran curiosidad.....

— Curiosidad ? recuerdo que fui curioso un tiempo ; ya no lo soy ahora ; la curiosidad y la esperanza son hermanas ; la desesperacion y la apatía, lo son tambien !

— ¿ Nada te interesa entonces mi visita extraordinaria de anoche ?

— Ah ! es verdad ! no la tenia presente ! Saliste de aqui para ir á la casa de.....

— Si, pues, de Adela....

— Y bien ! temo que si te interrogo con algun interés, te rias de mi ; y lo que es peor, te rias con sobrada razon, como otras veces.

— Don de errarla, amigo mio !

— Si ?

— Si ! puedes interrogar con la mayor confianza ; mis predicciones se realizan ; la reacion viene.... Adela será tuya....

— Ah ! esas chanzas lejos de regocijarme, sirven de mortificacion á mi alma....

— Adela te ama !

— ¿ Tú lo crees ?

— Estoy seguro !

— Te lo ha confesado ella ?

— No ! pero no tardará en confesartelo á ti mismo ?

— Ah ! espícate, espícate ; por que tus palabras misteriosas me llenan de inquietud y de ansiedad....

— Calma, amigo mio, calma, para la buena como para la mala fortuna ; los hombres alborotados no saben ser desgraciados ni felices ; Adela te ama ; lo he conocido en su fisonomia y en sus palabras ; lo he leído en el fondo de su corazon....

— Habla, habla, que me exaspera esa tardanza con que te propones darme la felicidad que anhelo !

— En primer lugar, debo decirte que Adela está profundamente impresionada con tu duelo ; que no pensó jamás en las peligrosas consecuencias de tus incidentes con Eugenio ; y que se ocupa mas de ti, el sano, que de tu rival herido....

— Está impresionada ? no oreyó en las consecuencias de aquella noche fatal.... ella piensa en mi ?.... ¿ es cierto, por Dios, es cierto ?

— Como que alumbra el sol, ó como que yo soy un abogado, contestó Luis con irrecusable acento de verdad.

— Pero dime entonces, exclamó apasionadamente Eduardo ; ¿ qué es lo que ha dicho esa mujer de mi ? quiero que me repitas cada palabra de lo que has conversado con ella....

— Eh ! que yo no soy taquígrafo, aunque algunos digan que mi letra tiene mucho de los caracteres taquígraficos ; no recuerdo palabra por palabra mi conversacion de anoche, pero tengo fielmente grabadas en la memoria las conclusiones que mi sagacidad particular supo levantar de ese coloquio. ... Adela está ofendida en la mas delicada fibra de las mujeres, en la vanidad, y ha querido vengarse en la que supone fibra mas delicada del hombre, en el orgullo ; pero ahora el amor ha empezado á sobreponerse ; Adela vé satisfecha su venganza y cree que la ha llevado mas allá de su deseo ; hoy es una mujer arrepentida, que solo busca el medio de borrar las ofensas inferidas á su amante y reanudar los lazos ligeramente rotos....

— ¿Te lo ha dicho, te lo ha dicho ella? volvió á preguntar Eduardo con visibles señales de alegría ansiosa.

— No hay mujer en el mundo, contestó tranquilamente Luis, que confiese paladinamente todo eso, pero creo que tampoco existe alguna que pueda ocultarlo de una manera absoluta á mis observaciones psicológicas.

— Ah! son deducciones, conjeturas tuyas! Hoy estás en vena de profecías alegres, como en otras ocasiones te distingues por las profecías lúgubres..... Eso no basta para consolarme!

Unos segundos antes de pronunciar Eduardo esas palabras, se habia oido un golpe en la puerta de la calle y al instante mismo de concluir las entró el sirviente con una carta en la mano.

— ¿Quién manda esa carta? preguntó violentamente Luis.

— Es para D. Eduardo, contestó secamente el negro.

— Si! pero quién la manda?

— No ha dicho nada el sirviente que acaba de dejarla, repuso el negro, poniendo la carta en manos de su patron y retirándose muy presto.

— Es su letra! exclamó alborozado Eduardo, estrujando la carta entre sus convulsas manos.

— ¿Y eso bastará para consolarte? preguntó Luis con aire sarcástico.

— Veamos, veamos! dijo Eduardo rompiendo con precipitación el sobre del billete que le enviaba Adela.

— Veamos! repitió Luis acercándose lo bastante para tener ante sus ojos el billete.

Y los dos amigos leyeron rápidamente estas líneas escritas con una letra clara y limpia, aunque poco elegante y nada artística.

Eduardo.

La situación en que nos encontramos, no puede durar mas tiempo, estamos sufriendo lo que nunca hemos debido sufrir; lo espero hoy á la una en casa; no falte; le ruego que no falte.

A.

— ¿Qué dices ahora; qué dices? exclamó Luis mirando anbelesado al jóven que leía y volvía á leer con avidez aquellos cuatro renglones mal escritos.

— ¿Adivinaba ó no el pensamiento íntimo de Adela? Leía en el fondo de su corazón como en un libro, ó me lo ocultaba ella como indecifrabable arcano?

— Ahora lo comprendo todo! respondió Eduardo entusiasmado; anoche Adela te ha referido su pasión y te ha dado á conocer este billete; la idea de este billete al menos....

— Juro, que no, no, y no! replicó Luis complacido de poder hacer un juramento cierto.

Eduardo leía y releía cien veces el billete, lleno de un éxtasis de amor en que parecían absortas todas sus facultades mentales, y Luis se puso á contemplarla con el aire del que ha triunfado en un largo y perseverante plan de campaña.

— Supongo que acudirás á la cita, dijo Luis despues de un rato.

— Ah! sí, es claro, acudiré, y si pudiese adelantar todos los relojes de Montevideo, ahora mismo iría á estrechar á mi amada entre mis brazos.....

— Entonces, puedo ya decir que he ganado la apuesta á los amigos de la confitería Oriental?

— Si, si! díles que antes de ocho días los convidaré á comer en su casa la señora de D. Eduardo Arriarza.

— Así sea! exclamó Luis y haciendo una galante cortesía salió de aquel aposento donde habia encontrado un hombre lleno de desencantos y dolores, y donde dejaba en ese instante un hombre ebrio de felicidad y de ilusiones.

XIX

Las horas que faltaban para la designada en el billete de Adela, contaron como largos siglos en los tumultuosos latidos del corazón de Eduardo.

En un raptó de entusiasmo y para distraer el tiempo, Eduardo trató de hacer algunos versos sobre su indecible ventura; se paseó de un lado á otro, gritó, accionó, lloró, y tuvo todas las manifestaciones exteriores de una inspiración apasionada, sin conseguir rimar un par de versos.

Convencido de la inutilidad de sus esfuerzos poéticos, comenzó á vestirse con calma, despues de haber renunciado á gustar un solo bocado del almuerzo y cuando se encontró en perfecto traje de etiqueta, aun no habia llegado su reloj al medio día.

Entonces resolvió salir á la calle para ganar tiempo y hacer alarde de

su victoria; recorrió las calles principales; se detuvo en muchas vidrieras, examinó muchas láminas, y y recién era la una menos cuarto cuando se decidió á entrar en la mansion de su arrepentida enamorada.

— Me esperará impaciente, se decía Eduardo en su interior; hará mas de media hora que ya está en la sala creyendo escuchar á cada instante el ruido de mis pasos en la escalera.

¿Cuál no sería la sorpresa del jóven cuando al entrar á la sala, sólo encontró á Misia Rosaura leyendo los diarios de la mañana en un desahogado poco cristiano.

La señora se sonrió satisfactoriamente al ver aparecer á Eduardo, puso su diario á un lado, y exclamó:

— Bien venido sea el caballero D. Eduardo en buena hora para acompañarme á tomar un mate dulce, si es que no prefiere tomar helados con Adela....

— Señora, balbuceó Eduardo, estrechando con antipatía de yerno la mano de Misia Rosaura, y tomando despues asiento en frente de ella.

— Aquí me ocupaba de leer los diarios de hoy, dijo la señora, iniciando su tono habitual de tarabilla; no traen nada de particular, hace años cuantos días que los diarios están zonzos; parecen diarios de compadres que se han propuesto no decirse nada unos á otros. Mire V.; lo mas interesante que hay en los de hoy es la relacion de un duelo entre dos jóvenes de Montevideo..... un oriental y un porteño.... Que todo lo han de averiguar estos diaristas!

— Así es, señora, así es! contestó Eduardo.

— Nosotros ya teníamos noticia de este duelo, prosiguió Misia Rosaura; nos interesaba mucho saber su resultado y en bastante ansiedad nos tuvo todo el día, porque desde temprano se corrió la voz.... todavía yo, soy vieja! y las viejas tenemos un modo de sentir mas tranquilo y reposado, pero á los muchachos les salta el corazon con fuerza y sus impresiones son terribles.

— Ah! exclamó Eduardo involuntariamente; Adela también....

— Si, pues, Adela! interrumpió Misia Rosaura; que día aquel! qué día! no se oían mas que suspiros y gemidos en la casa. Qué afliccion! Qué barullo! No puede V. figurarse cómo estaría mi corazón.... Qué sofoconas, ave Maria! Al fin nos llegó la noticia de que V. estaba bueno; y qué! fue peor aun, porque entonces vino un llanto de ale-

gria que duró mas de dos horas y Adela estuvo toda la noche hablando sola y escribiendo sabe Dios qué cosas....

Intentaba Misia Rosaura seguir en su relacion poco verídica, cuando apareció Adela en la puerta de la sala.

Vestia la jóven un traje de barege verde, primorosamente adornado con raso y fleco del mismo color como la cinta que circundaba su cabeza, y sujetaba el centro de la cabellera que caía en abundantes rizos sobre su espalda mal velada.

El semblante de Adela no era su semblante de costumbre; notábase alguna palidez en sus mejillas, y en sus ojos algunas huellas de llanto, pero su original belleza resaltaba mas aun con ese tinte de melancolia extraña.

Eduardo se sintió alhagado al observar la fisonomia de su amada, y lleno de agradecimiento se levantó á estrechar con efusion sus manos.

Adela, lo miró lánguidamente é hizo una graciosa seña, indicando que debían ambos sentarse en el sofá.

Misia Rosaura echó una ojeada sobre el cuadro, recojió sus diarios y salió de la sala, revelando en su sonrisa complacida que adivinaba lo que iba á suceder despues de aquel exordio.

No bien habia pisado la señora el umbral de la puerta, cuando Eduardo se inclinó amorosamente sobre Adela y le tomó la mano con ternura.

— Todavía me palpita el corazon por el peligro que ha corrido V.... exclamó Adela, dejándose caer sobre el pecho de su apasionado amante.

— Me amas, Adela, me amas todavía, preguntó Eduardo acercando su lábio ansioso al lábio purpurino de su amada.

— Si te amo! murmuró Adela; y un dulce beso selló al instante aquella reconciliacion de amor.

— Ah! cuanto me has hecho sufrir! dijo Eduardo despues de algunos minutos de contemplacion reciproca.

— Y tú también! respondió Adela con tristeza.

— De veras? preguntó con embeleso Eduardo.

— Si; me has hecho sufrir tanto, que necesitaba vengarme de tí, y me vengué.... no es cierto?

— Adorada mia!

— Bien! no hablemos de eso. ¿Quieres?

— Encantadora Adela!

— Yo te perdono todo lo que me has hecho, y tú..... tu también me perdonas..... tú eres jeneroso, Eduardo.....

— Sí, sí, te lo perdono todo!

— Olvidemos todo lo que ha pasado; yo te he amado siempre; tú también..... ¿no es cierto?

— Ah! sí! siempre, siempre!

— Entonces olvidemos todo..... para qué tocar esa conversacion desagradable.... Mira; yo prometo nunca preguntarte nada acerca de..... de todas esas cosas que me deberias explicar..... tu larga permanencia allá en la Estancia..... no haber contestado á mi carta..... olvidarte así de mí.....

— Todo te lo explicaré, contestó Eduardo algo violento.

— No, no; se apresuró á decir Adela, colocando su blanca y suave mano sobre la boca del jóven; no quiero que me hables de esas cosas, porque las recordaria entonces y me volveria á enojar y me vengaria de nuevo.

— Rencorosa!

— No! vamos á hacer un trato, como las criaturas chicas; yo nunca te pediré explicaciones sobre tu conducta, pero tu tampoco las pedirás sobre la mía.....

— Adela! será para mí tan dulce que te justifiques, que te vea tan pura y tan amorosa como antes.

— Ah! bien sabe V. que yo lo quiero y que no he hecho nada malo....

— Sí! pero por eso mismo, podrás justificarte y hacerme el mas feliz de los hombres.

— V. me quiere hacer sufrir trayendo ese recuerdo á mi memoria; no! pues si V. me pide explicaciones, yo también voy á pedirselas; y no me va á dejar satisfecha, nada satisfecha..... me conozco!.... De ese modo vamos á estar riñendo todo el día....

— Adela, Adela! no me hables con ese acento de enojo y de disgusto.

— Es que ya empezó V. á disgustarme con sus majaderias.

— Ah! no, no! será como tu quieras, adorada mía.

— ¿Como yo quiera?

— Sí, como tu quieras.

— Entonces, vamos á jurar los dos que nunca nos acordaremos de lo que ha pasado; supongamos siempre que V. se fué á la Estancia y viene á los pocos días á cumplir conmigo su promesa....

Y hablando así, con deliciosa coqueteria Adela ocultaba su rostro en las solapas de la levita de Eduardo, cosa que hubiera podido comprobarse en juicio, porque allí quedó gravado el cuerpo del delito, es decir, dos manchas blancas de polvos!

Eduardo sentia lisonjeada su vanidad al ver que Adela se adelantaba á recordarle su promesa, y se veia en ese instante el mas feliz de los mortales.

— Adorada mía! dijo con entusiasmo ardiente; todo será como tú quieras; bien pronto se habrá realizado mi sueño, mi delicioso sueño.... ¿entiendes?

Adela respondió con una mirada voluptuosa, y los dos amantes se entregaron entonces á esos trasportes efusivos que parecen producir al mismo tiempo que la embriaguez de los sentidos, la santa embriaguez del corazón.

Miradas, suspiros y besos fueron el lenguaje en que por mas de media hora se comunicaron los dos jóvenes sus deleitosos sentimientos de fidelidad y de ternura.

En uno de esos trasportes delirantes, los sorprendió Misia Rosaura, apesar de que la señora, antes de entrar, tuvo buen cuidado de remover un sillón en la habitación contigua.

Este incidente no tuvo consecuencia alguna, porque Misia Rosaura que vió de rabo de ojo aquella escena, se dió el tiempo necesario para no mirar frente á frente, mientras ambos jóvenes volvian á su actitud normal.

Eduardo era en aquel momento demasiado feliz para resignarse á permanecer tranquilo en presencia de su amada, y necesitando por otra parte dar expansion á su alegría, determinó retirarse así que vió á Misia Rosaura, vestida con traje de gala, en disposicion notoria de sentar sus reales frente á él.

— Adela, dijo en voz baja; luego vendré á verte.....

— A qué hora? preguntó cariñosamente Adela.

— A las ocho ó á las nueve..... ¿qué prefieres?

— A las siete y media.....

Un dulce apretón de manos fué la contestación afirmativa de Eduardo.

— Cómo! exclamó Misia Rosaura al verlo ir en busca del sombrero; no nos acompaña V. á la comida?

— Gracias, señora, volveré á la noche....

— No puedo consentir.... es preciso que V. nos acompañe.... pues no faltaba mas!

— Pero señora....

— No hay pero que valga; es un favor que yo le pido.... una exigencia que le hago....

— Es imposible, señora, es imposible; tengo á esta hora ocupaciones....

— Nada de ocupaciones. Vd. es rico y no necesita ocuparse de nada para tener plata á borbollones.

— Jesús! mamá, exclamó Adela interrumpiendo á Misia Rosaura; no seas majadera; deja que Eduardo se retire, si necesita hacerlo; si sigues con esas majaderías, no va á volver Eduardo á nuestra casa....

— Ahí tiene V. replicó Misia Rosaura; la hija siempre ha de estar contra la madre; en fin, será como ella quiere.... hasta luego, pues, no falte....

Eduardo se despidió amablemente de la señora, cambió una mirada de inteligencia con Adela y salió por la escalera tropezando en el delirio de su felicidad incomparable.

— Tonta! exclamó Misia Rosaura así que dejó de sentirse el ruido de los pasos de Eduardo, no comprendes que ese joven debe tener grandes motivos de resentimiento conmigo, y yo necesito desenojarlo á fuerza de amabilidades y atenciones... No quiero que me tenga rabia como los yernos la tienen á sus suegras muy generalmente.... Y al fin él ha de ser mi yerno.... tú no lo podrás negar... Vaya! cuéntame lo que ha pasado.... estoy llena de curiosidad... Cómo empezó la cosa?

— Mamá, contestó Adela levantándose; ya le he dicho que V. no tiene que ver nada en esto... lo mejor es que se deje de tonteras y que me deje estar tranquila.

— Será como tú quieras, contestó Misia Rosaura, y empezó á manejar el abanico como si se propusiese apagar toda una hoguera.

La semana política

El fusilamiento de Albarenque — Orientales que azotan Orientales — Heroísmo de las mujeres de San José — Enseñanzas de la guerra civil — Misión de la mujer en nuestras luchas — Tropelias y escándalos de campaña — Farsa de los documentos oficiales — Impotencia absoluta del Gobierno — Ojeada sobre los ejércitos y sus gefes — Negociaciones de paz — Evoluciones de partido que se descubren en la tentativa actual — Base preliminar de todo trabajo serio de pacificación.

Se ha discutido en la prensa diaria sobre el fusilamiento de Albarenque, practicado en la plaza de la ciudad de San José por orden del Teniente Coronel de la República D. Luis Eduardo Perez.

De parte á parte, se han citado leyes, ordenanzas militares, doctrinas de derecho escrito, pero de parte á parte se ha prescindido también en cierto modo, de lo que habia mas sustancial en el asunto — se ha prescindido de los sentimientos patrióticos y humanitarios, del derecho natural, del buen sentido.

Podrian las leyes patrias y las Ordenanzas y todo el derecho escrito autorizar al Comandante Perez para el fusilamiento de Albarenque, y sin embargo, ese fusilamiento seria siempre un hecho que no podria justificarse ante la razon humana.

Si pusiéramos el caso á un extranjero pintándole de una parte al gefe militar de un gobierno legalmente constituido, y de la otra al cabecilla de una partida rebelde que opera por su cuenta y riesgo, aunque ese extranjero fuese un *yankee*, nada encontraria en el hecho que le sorprendiese lo mas mínimo.

Veria simplemente la aplicación de lo que en tiempos de guerra, se practica en todo el mundo con los salteadores de caminos, y decimos esto sin afirmar que esas prácticas sean legítimas y saludables, ó necesarias siquiera.

Juzgado con ese criterio, el Comandante Perez no seria sino un hombre enérgico, y la energia es también una virtud de la naturaleza humana.

Pero todos sabemos que las apariencias legales son una farsa en nuestro país.

Todos sabemos que no está de una parte el salteador, y de la otra el representante militar de una autoridad legítima.

Todos sabemos que en ambas partes se encuentra solamente un gefe mas ó menos encumbrado de los bandos que luchan con el mismo derecho ó sin derecho alguno.

Albarenque no era un bandido vulgar; muy lejos de eso; por un bandido vulgar, una poblacion culta como la de San José no hace las demostraciones que ha hecho por esa víctima infortunada de nuestra guerra civil, nunca satisfecha de sangre!

Es imposible suponer que el fanatismo de partido llegue hasta ese punto; las señoras de San José no se prostituirían de ese modo honrando la memoria de un asesino y de un ladrón, como los que inspiran repugnancia á todo el mundo.

Albarenque no era sino uno de esos héroes de novela, tan admirablemente comunes en nuestras ardientes luchas.

Se refieren acerca de él, anécdotas semejantes á las que Melchor Pacheco atribuye á Marcelino Sosa, aquel bravo de la Defensa de Montevideo.

Jóven de diez y siete años, tenía una partida de cinco hombres bajo sus órdenes y con ella sitiaba á la guarnicion del pueblo, que necesitaba salir en grandes grupos hasta para dar agua á los caballos; recorría las Chácaras, dormía la siesta en los suburbios y solía pernoctar en la ciudad.

Se comprende desde luego que en estos lances de temeraria audacia, debería afrontar fuertes combates, y en todos ellos la suerte de las armas le fué singularmente favorable.

Albarenque era un montonero afortunado y valiente; por eso ha sucumbido en el banquillo.

¿Pero quién lo ha hecho sucumbir?

¿La mano de la justicia, algun representante del orden, de la ley y de la civilizacion?

El montonero Albarenque ha sido fusilado por orden del montonero Luis Eduardo Perez, que ha ganado todos sus grados militares, siendo lo que empezaba á ser su víctima: un valiente y un audaz de las revueltas iniciadas por sus correligionarios políticos.

Si Albarenque merecía la muerte de manos del primer gefe militar que lo capturase — ¿está seguro el Comandante Perez, de que no la ha merecido él cien veces, colocándose en la misma posicion del desgraciado Albarenque?

Aun en el mayor grado de estravio, ese valor, ese heroismo, esa juventud de Albarenque hubieran sido cosas sagradas para todo el que no tenga en sus ojos la negra venda del espíritu de partido, y en su corazón el odio sanguinario de nuestras luchas tradicionales!

¿Pero acaso es solo el fusilamiento de Albarenque, lo que hace estremecer el alma en los últimos acontecimientos de San José?

¿A mas de ese cadáver despedazado por balas fratricidas, no hay dos cuerpos mutilados y ensangrentados por la terrible é ignominiosa pena de azotes?

Si! dos orientales, cuyo delito era llevar una de las divisas que por desgracia y por vergüenza nuestra lleva la mayoría del país, han recibido *mil quinientos azotes*, quedando exánimes, no menos que bajo el peso de sus dolores físicos, bajo la desesperacion de su afrenta.

La pena que los legisladores abolieron hasta para el vil mercenario, un oriental la restablece para castigar orientales!

Y no se diga que lo ha hecho algun caudillo ignorante, estúpido, incapaz de comprender la responsabilidad de sus actos.

Todos los que lo conocen, saben que el Comandante Perez es un hombre de ciudad, de educacion, lo que se llama un perfecto caballero; de inteligencia sagaz y de conocimientos generales.

¿Hasta dónde, hasta dónde, Dios eterno, puede llegar el estravio de las pasiones de partido!

En medio de ese cuadro desconsolador y repugnante, las mujeres han dado un alto ejemplo de heroismo.

Afanosas desde el primer momento por salvar la vida de Albarenque, apuraron los ruegos y las súplicas ante los que podían decidir su suerte, en la ciudad; desesperadas de alcanzar allí clemencia, el día mismo de la ejecucion se transportaron á la oficina del Telégrafo para dirigir su peticion al Presidente de la República.... pero entonces.... se asegura que la hora de la ejecucion fué anticipada, y antes de salir el mensaje, Albarenque, sin desmentir un instante su portentoso valor, caía sin vida frente al magnífico templo, situado en la plaza principal del pueblo.

El cadáver fué conducido inmediatamente al cementerio; allí van á buscarle las mujeres, lo velan pomposamente durante la noche, y le consagran al día siguiente unas exequias fúnebres como no se habían visto nunca en San José.

Mujeres y niños acompañan el cuerpo hasta el cementerio, y lo depositan allí entre manifestaciones elocuentes de dolor!

Ni un solo hombre tuvo la gloria de tomar parte en ese sublime acto de heroísmo!

La conciencia pública indignada, habló por los suspiros y las lágrimas de la mujer en ese día lúgubre.

Puede haber sido grande el placer de la venganza consumada, pero más grande aun habrá sido la mortificación de aquel anatema terrible, y tanto más terrible cuanto que partía de seres, débiles é indefensos, trasfigurados en la sublime exaltación de su dolor.

Ahora, las mujeres de San José deben aprovechar esa lección de la guerra civil, y saber completar el heroísmo con la generosidad.

Han tenido ante sus ojos el espectáculo del asesinato político perpetrado en uno de los suyos; piensen que ese espectáculo es igualmente horrible cuando se perpetra en uno de los adversarios.

Piensen que siempre hay una madre ó una esposa, ó unos hijos hundidos en el infortunio por la descarga fratricida del suplicio.

Piensen que siempre hay una conciencia que protesta contra la pena de muerte aplicada en luchas de hermanos contra hermanos, cuando el sentido de la justicia se oscurece, y la razón vacila entre las banderas que se dan al viento en la batalla.

No es el sentimiento de la venganza, el que debe brotar en el pecho de las nobles damas de San José; sino el sentimiento de la magnanimidad y la ternura ante la idea de que el cadalso político pueda alzarse para alguno en la tierra de los orientales.

La sangre no se rescata con la sangre, ni el llanto con el llanto; un solo voto debe levantarse en el alma de la culta sociedad de San José: Que jamás en su recinto, jamás en sus alrededores, jamás en ningún punto del territorio nacional, el hermano derrame con premeditación la sangre del hermano.

Hé ahí la gran misión de la mujer en nuestras luchas!

Misión de paz, de caridad, de amor, para templar la fibra salvaje de los hombres embriagados con el licor de los odios, ávidos de represalias, y brutales hasta la ferocidad en sus venganzas.

Si la mujer al fin, lejos de presentarse como ángel de paz, entre los combatientes, se hace un espíritu maligno que alienta la zaña y el en-

carnizamiento de la lucha, todo estará perdido, porque los hombres de la generación actual se devorarán unos á otros indefinidamente, y la generación que viene no hará más que cubrir las filas raleadas de esa carnicería sacrílega.

Hoy más que nunca, necesitamos estimular esos sentimientos generosos, porque hoy más que nunca recrudece la guerra civil en sus exesos.

Día á día llegan noticias de atropellos y saqueos consumados en la campaña con la mayor impunidad, con el mayor descaro, casi á las puertas de la civilizada Capital.

Han subido á tal punto los escándalos, que un diario colorado decía en uno de sus últimos números: 8 1/2 de la noche — hasta este momento, no se sabe hoy de ningún nuevo saqueo practicado por fuerzas del Gobierno.

Si hubiera diarios blancos! Si tuvieran los blancos tal franqueza, cuántas otras noticias halagüeñas recibiríamos también!

Para evitar esos frecuentes manotones á la propiedad privada, el Gobierno dió á principios del mes pasado un gran decreto; un decreto en que se declaraba robo el robo y se amenazaba con la justicia á los ladrones.

Grandes golpes de bombo ante el decreto! Se salvó el principio! El gran partido colorado mantiene su honra ileso!

Ocurre preguntar — ¿se necesitaba nueva ley escrita para calificar y castigar á los ladrones?

¿Un decreto de esa naturaleza, no es la más paladina confesión de que no se quiere ó no se puede defender la propiedad de los enemigos políticos?

Cuando se tiene noticia de un robo, lo que corresponde no es declarar en letra muerta lo que ya estaba escrito en letra del mismo molde, sino hacer efectiva la ley, aprehender al delincuente y castigarlo.

Esto es lo que no hará el Gobierno y aunque quisiese hacerlo no podría.

Daría órdenes terminantes y no se le obedecería; pero si se le obedeciese, tendría que meter en la Cárcel á la gran mayoría de sus Jefes, á sus Generales y aun á su Ministro de la Guerra.

No hacemos acusaciones infundadas; pocos son los que roban de una manera directa; muchos los que lo hacen válidos de un sofisma grosero pero convincente para ellos.

Digan los gefes de División, digan los Generales, diga el mismo Ministro de la Guerra si alguna vez ha dado *recibo* de las vacas carneadas á los blancos para el consumo necesario de sus fuerzas.

No! eso es cosa que no entenderá jamás ninguno de nuestros gefes de campaña!

¿Pues qué no son los blancos los promotores de la guerra?

¿Los que hacen arrostrar fatigas y penurias á los colorados?

¿Hay entonces nada mas natural que hacerlos abastecedores de las fuerzas que por su culpa andan en movimiento?

Cuando uno de nuestros caudillos carnea las vacas del enemigo politico, todavia dice como Luis XIV á los que se quejaban de una contribucion elevada: No les regalo todo lo que no les quito?

Si el Gobierno se propusiera, pues, castigar á todos los que no respetan la propiedad, se quedaria sin caudillos que lo defendiesen en campaña; aun mas, se quedaria sin partidarios, porque los blancos podrian impunemente seguir en sus depredaciones; y cómo se convenceria á los colorados de que no deben tomar la represalia?

Todos estos desórdenes espantosos están en la índole de nuestra guerra civil y en el carácter de nuestros bandos politicos, tales como han sido modelados por esa maestra esencialmente desmoralizadora.

Sin suprimir la guerra, no será posible suprimir esos escándalos; s en estos hechos, cabe responsabilidad para D. Lorenzo Batlle, esa responsabilidad no proviene de tolerarlos en sus manifestaciones aisladas, sino de hacerlos inevitables en la prolongacion de una lucha que no tiene razon de ser y que puede terminar en una hora con el abrazo fraternal de los partidos, si se dá con decision la iniciativa de un movimiento regenerador y patriótico.

Ya no hay esperanzas serias de concluir la guerra por la guerra.

El Ejército del Gobierno se encuentra en disolucion completa.

Borges, al Norte del Rio Negro, impotente para marchar en persecucion de Aparicio y temeroso de buscar la incorporacion de Enrique Castro, aunque otros dicen que no la busca porque se ha rebelado contra el General de hoy, como se rebeló ayer contra el General Suarez, como se rebelará contra todo General en gefe que no sea él mismo.

Goyo Castro, sobre la costa Sur del Rio Negro impotente para perseguir á Muniz, peleado con todos sus subalternos, algunos de los cuales

y entre ellos Manduca Carbajal, se han retirado á su departamento con su division respectiva.

Y Ordoñez? Qué ha hecho Ordoñez desde la batalla de los *Manantiales*? De qué se ocupa Ordoñez?

¿Dónde está Ordoñez?

Pobre partido colorado! pobre tierra!

Y Enrique Castro? ah! Enrique Castro metido en el Durazno con un par de batallones diminutos! Ahora dicen que se viene para Montevideo desesperando de hacerse obedecer, maldiciendo la hora en que tomó el puesto de General en gefe para que le acusen de no hacer otra cosa que bailar pericon ó media caña.

¿Qué dicen ahora los que cantaron victoria despues de los *Manantiales*?

¿Dirán que han sido burlados por la ineptitud de Enrique Castro?

Queremos admitirlo; pero ese *General Anrique*, como dicen nuestros paisanos, no era cantidad conocida en el problema?

¿Por qué no lo tenian en cuenta al hacer sus cálculos alegres?

¿Y es posible sustituir esa cantidad negativa por otra que represente alguna cosa distinta?

Anrique, Goyo, Pancho, el amigo Nicasio y el compadre Hipólito etc. etc. vayan todos pasando, que de ninguno de ellos ni de todos ellos juntos podrá hacerse nunca un buen aspirante á General, sin que esto importe negarles su valor, su conocimiento del pais, su perseverancia etc.

A los que materializan la cuestion desconociendo las profundas causas que eternizan la guerra civil entre nosotros, les argumentamos en su propio terreno y los convencemos de la prolongacion indefinida de la guerra.

Con los generales que hoy tenemos, no es posible conseguir sino derramamiento de sangre, infructuoso para el resultado final de la contienda; lo ha probado la esperiencia en Castro, en Caraballo, en Suarez, y lo probaria muy pronto en cualquier otro gefe de ese género.

Esta ya no es cuestion para la mayor parte de la gente sensata; pero entonces si estos generales no sirven, ¿de donde vais á sacar otros distintos para mandar vuestros Ejércitos?

Hay un diario en Montevideo, un diario que trabaja porque el Sr. D. Fernando Torres sea nombrado general en gefe ó director de la guerra; mas la opinion está muy lejos de acompañar á ese diario.

Todos comprenden que el Sr. Torres como cualquier otro jefe ó simple caballero de la ciudad, seria mas apto que nuestros caudillos para mandar un ejército dignamente; pero nosotros no tenemos ejército sino hordas de milicias que obedecen al prestigio personal, y uno que otro batallón, que todavía no está hecho á todas las exigencias de la disciplina militar.

Los colorados no concluirán la guerra; ¿la concluirán los blancos?

De eso no se habla; la concluirán como la hubiera concluido Flores si no vienen los brasileros en su auxilio!

Nuestra creencia á este respecto es decidida; no solo creemos como todo el mundo, que el triunfo del partido blanco es imposible, sino que, contando con la nulidad correlativa de sus jefes, apostaríamos nuestra cabeza á que no saca ventaja alguna de importancia, del fraccionamiento y de la disolución en que se encuentran los adversarios.

Lo que se ve claro en el horizonte es la guerra civil por la guerra civil interminable!

Ahora, se habla de paz nuevamente; circulan boletines y suplementos y correspondencias misteriosas... Baja el oro... la paz está hecha?... alto ahí, que falta mucho para la realización de la paz.

Aplaudimos sinceramente á todos los que de buena fe acometen la empresa de acercar y reconciliar á los bandos, pero deploramos que todas las tentativas se improvisen con poco acierto, y vayan así desprestigiando el pensamiento mismo de la paz.

¿Porqué acepta el Gobierno mediaciones que ha rechazado otras veces?

¿Porqué alucina á los partidarios de la paz con promesas que no cumplirá ó cuyo sentido interpretará á su modo cuando llegue el día de cumplirlas?

Descubrimos en el Gobierno, por una parte la idea de que los blancos están perdidos, con un pié en la frontera, y aceptarán cualquier transacción que les deje el pescuezo en su lugar; y por otro, la esperanza de que aun fracasadas las negociaciones, ante la perspectiva de la lucha, después de haber acariciado muy de cerca la esperanza de la paz, sufran los blancos la desmoralización consiguiente al gran desengaño que reciban.

¿Y los revolucionarios, los revolucionarios, que todavía no ven en el partido colorado disposiciones sincéras á una paz honrosamente aceptable, porque fomentan y atribuyen decisiva impotencia á las negociaciones que se inician en estos momentos?

Descubrimos por una parte el intento de ahondar la división del partido colorado, poniendo á la órden del día la difícil cuestión de un arreglo entre los bandos, y por otra, el propósito de ganar tiempo, haciendo que llegue el 1º de Marzo sin que la revolución pueda recibir un nuevo golpe.

Sea todo eso dicho con el mayor respeto á las intenciones patrióticas de muchas de las personas interesadas en la negociación actual.

Tenemos ante todo el deber de la verdad, y la verdad nos dice que por el camino seguido hasta hoy no se llega á la paz sino á la recrudescencia de la lucha.

Lo primero que necesitamos vencer es el alejamiento, la retracción y los recelos sombríos de los bandos.

Necesitamos unos á otros convencernos de que no nos tendemos mutuamente una celada; de que aspiramos con sinceridad á la reconciliación, á la concordia.

Necesitamos uniformar las ideas de los que pueden tener mas alta influencia sobre los beligerantes, en un acuerdo generoso que satisfaga todas las aspiraciones legítimas y abra nuevos horizontes á la felicidad del país.

Si todo eso falta, faltaria la voluntad y la posibilidad de hacer la paz; el primero que salga á la calle gritando: *asesinos de Quinteros*, para que otro le conteste: *asesinos de Paisandú*, destruye con una sola palabra todos los trabajos de la diplomacia secreta.

A la luz del día, con una prédica entusiasta, con iniciativas populares, únicamente pueden los hombres servir afirmativamente á la santa causa de la paz.

También, solo de ese modo, la paz dejaria de ser una tregua que diese la razón á los empecinados apologistas de Cain.

Si! necesitamos una fuerza popular que haga la paz, y asegure sus resultados benéficos.

No seria posible entregar la situación futura al embate desordenado de los bandos.

El desarme simultáneo tiene que hacerse en las manos y en los espíritus; en la fuerza material y en la razón.

Si el Gobierno que sucediese al actual, no contara de antemano con el concurso de una fuerza organizada y poderosa en el país, ese Gobierno seria impotente, se veria obligado á echarse en brazos de uno de los

dos partidos; y entonces, mas valdria no haber hecho la paz y no haber hecho nada.

¿Cómo no comprenden su alta mision patriótica los hombres influyentes y respetables que desean el bien del pais buscado en la union de los orientales para un gran pensamiento de reorganizacion nacional?

¿Porqué no se buscan y se acercan para aunar sus individuales esfuerzos?

¿Porqué no se presentan como el centro de atraccion á cuyo alrededor se agrupen los numerosos elementos que pueden contribuir á realizar la paz por el momento, y á consolidarla con ventaja en el futuro?

Manos á la obra que entre las espinas de la injusticia del dia, se divisa el laurel discernido á los grandes servidores de la patria!

Gotas de tinta

Nos fué imposible asistir á la representacion del *Poeta*, drama del ilustre argentino José Mármol, pero hemos oido decir con generalidad que si la sombra del autor consigue escaparse esa noche de la tumba, no deja vivo uno solo de los actores que interpretaban su obra.

De la Loa de Gordon hemos oido hacer grandes ponderaciones, y deseamos sinceramente conocerla.

En cuanto al apoteosis de Mármol, parece indudable que estuvo verdaderamente lucido, y reproducimos con gusto una de las bellas composiciones que se leyeron en ese acto:

EN LA APOTEOSIS DE JOSÉ MÁRMOL

Cuando era niño, y vislumbraba apenas
El panorama inmenso de la vida,
Se agitaba en mi mente confundida,
De la Pátria la imájen divinal;
Y un sentimiento vago, incomprensible,
Pero á la vez fascinador y ardiente,
La presentaba á mi entusiasta mente.
Como á travez de un prisma celestial.

Ay! no pensaba en esa edad primera,
Que se desliza entre aromadas flores,
Que surgieran en pos tantos dolores,
Y el mas crudo, la helada decepcion;
Que en este mundo siempre alcanza el hombre
Como anatema de la raza humana,
Tras del ayer esa fatal mañana
Que ha de secar su noble corazon.

¿Porqué poeta con tu sacra lira
Viniste á sublevar mi pensamiento?
¿Porque escuché tu aterrador acento,
Solemne cual la misma tempestad?
Tu el niño despertaste, alzaste al hombre
Con sus locas é indómitas pasiones,
Y á las gratas y dulces ilusiones
Sucedió la tremenda realidad.

Mi sueño terminó!—todas las flores,
Fueron desapareciendo en mi camino;
Pero en cambio, alcancé que mi destino
Me marcaba dignísima mision;
La patria que soñé, no era dichosa,
Y en vano alzaba al cielo su querella;
Quise vivir, para morir con ella,
O conquistar su santa redencion.

¿Tu no viste seis lutros á la tuya,
Sometida á la furia de un tirano
Y no sentiste aliento soberano,
Para luchar con invariable fé?
Así tambien yo imitaré tu ejemplo
Y pues grande es de Dios la omnipotencia,
He de guardar intacta la creencia
De que una vez su salvacion verá.

Si al calor de un celeste patriotismo
Esta nube sangrienta se evapora,
Si de la paz la bendecida aurora
Nos presta su divina claridad,
Vendré humilde á rendir á tu memoria
El tributo de amor que ella me inspira
Que tú, poeta, en tu armoniosa lira
Me enseñaste á cantar la libertad.

Ferreira y Artigas.

Montevideo, Octubre 6 de 1871.
